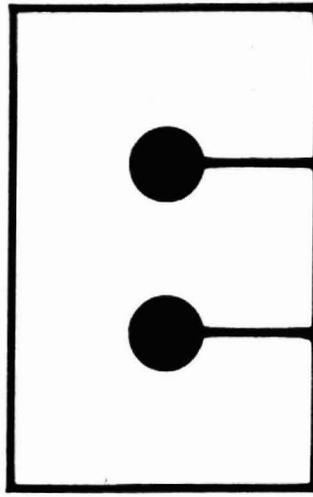


**HUGO
RAES**

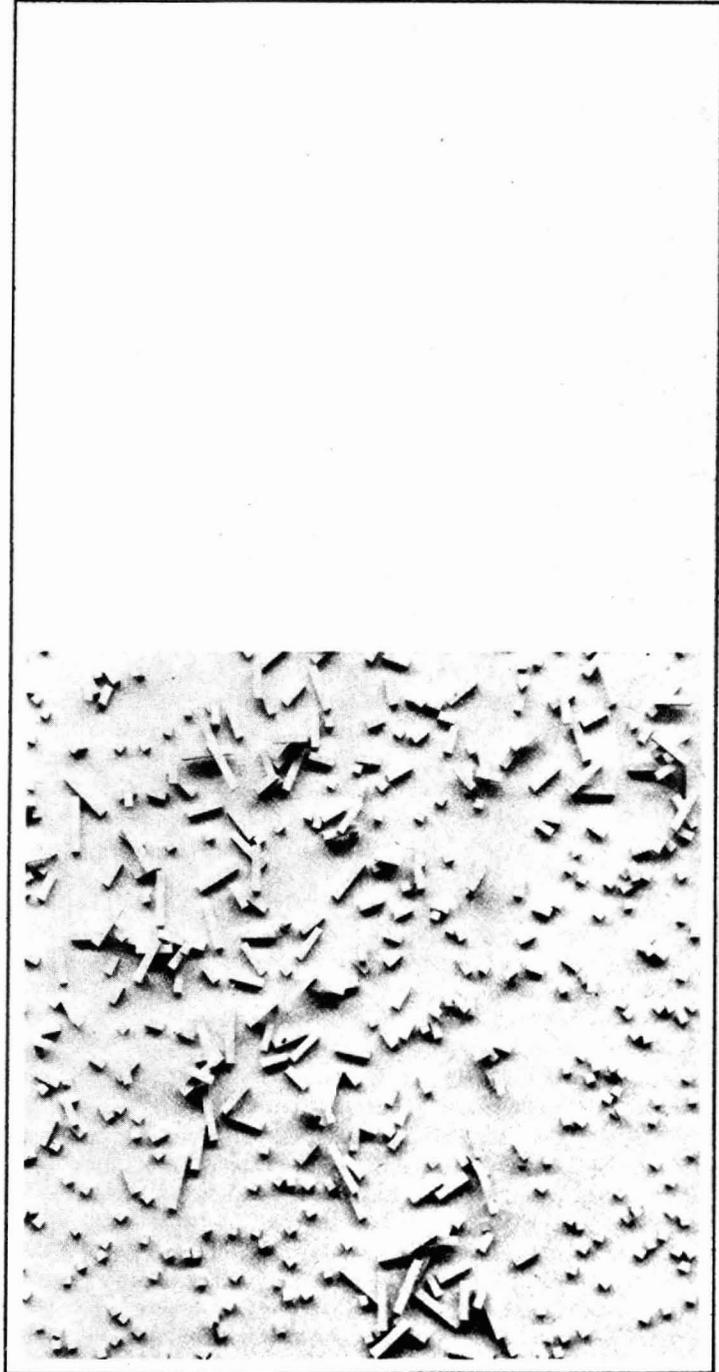


EXPLOSION

En un borroso campo visual con trozos, manchas, algo se mueve, sale de una profundidad apenas bajo la superficie. Es de contornos vagos, pero inmediatamente después sube hasta la superficie y se vuelve netamente visible. Es un corpúsculo ovalado, a veces se enrosca un poco y luego se dispara hacia adelante. Luego se queda quieto. Quietos corpúsculos angustiosos. Desaparece a medias bajo una mancha turbia, a través de la cual se vuelve a hacer visible borrosamente. De pronto ha desaparecido de la rueda del campo visual, de la mirilla, del ojo. Hay que esperar con paciencia. En seguida surge de nuevo en el círculo. Se efectúa una contracción peculiar. Se hincha, se encoge y de repente se divide. Ahora son dos corpúsculos. Propagación asexual. Los corpúsculos se dividirán de nuevo, un número infinito de veces. En el lapso de unas horas se habrán multiplicado generosa y diligentemente incontables veces.

Ya no hay corpúsculos que se dividen. Ahora son bastoncillos. Se mueven o permanecen inmóviles un rato. Un bastoncillo toca a otro en ángulo recto, luego continúa su camino. Cilindros largos y delgados, transparentes como de vidrio, otros de un gris negruzco.

Y luego las bolitas. Por entre los cilindros, que giran lentos alrededor de su eje, corren desordenadamente las bolitas negras de un lado al otro evitando sin fallar el tocarse unas a otras. Las bolitas parecen ora rodar, ora resbalar. Un proyectil, y otro, se precipitan en palpitante zigzag dentro y fuera del campo visual. Y atravesándolo. Bolitas, bastoncillos. Ballet de puntos y círculos. Una bolita toca a un bastoncillo y desaparece en él. La señal está dada. Un cilindro devora a una bolita. Y ahora a comer, a comer. Los bastoncillos devoran las bolitas. Ahora ocurren profundas modificaciones. Los bastoncillos se hinchan, se curvan en arco, se vuelven círculos cerrados, anillos, flexibles y elásticos anillos que se doblan, se agitan. Entre una bolita y un bastoncillo: un anillo. Anillos vivos y elásticos entre los bastoncillos y los puntos negros. Punto raya, raya, punto punto punto anillo punto, anillo raya anillo. A cada segundo nacen cosas nuevas. Aumentan de tamaño o dan nacimiento a otras formas los animalillos. Número infinito de adaptaciones. Podrías juntarlos en tarros, frascos, dice la voz, alimentarlos intensivamente, formar una natilla. Una pasta viviente. La pasta viviente toma una forma dúctil, pegajosa y dúctil de una sola pieza. Abres un tarro, viertes un poco de pasta: queda balanceándose desde el borde como una bola de moco con vida. Se encoge, se estira, se alza, cae de nuevo hacia abajo. Gris azulado con un borde verde tierno o verde mar. Lo agarras por la punta, dice la voz, lo levantas entre el pulgar y el índice, lo empujas otra vez dentro del tarro. Vuelve a tomar la forma de un líquido uniforme. A veces brotan matices hermosos. Una pincelada de rosa, una sombra de púrpura, toques de amarillo. Prisma de maravilla, dice la voz. Contemplar materias, cultivos nuevos y



De Vries



maravillosos, jugar con ellos. Siempre algo nuevo. La voz dice: reciente hallazgo fabuloso. Son hallados micro-organismos vivos en un mineral, y no pocos en el mineral más hostil a la vida, en el uranio. Hay pues seres microscópicos resistentes a las radiaciones radioactivas más potentes. Viven en ellas. Siempre algo nuevo. Experimentar sin cesar, dice la voz. Con matices vivos, con menudas formas cambiantes, figuras microscópicas.

Las figuras en la calle —es una calle, sí— se mueven, caminan, se entrecruzan de prisa sin concierto. Grandes y chicos zigzaguean cruzándose unos con los otros. Son seres humanos. Fíjate bien, observa. Claro, puesto que yo también estoy en la calle. Ya veo. Me encuentro entre ellos. Pero aislado de ellos, en medio de la calle abierta y sin tráfico. Seres humanos todos. Seres humanos todos. Hay una especie de ronroneo lejano en el aire. Tiene un tono siniestro. Las personas miran hacia lo alto. El ronroneo se acerca, se vuelve más irritante. Las gentes se detienen, escrutan interrogantes en el espacio. El cielo es de un azul sin tacha, no se percibe la menor nubecilla. Tiempo despejado, pero ¿dónde está el sol? No se ve ninguna máquina volante, ningún aparato. Ahora el sonido ha aumentado hasta convertirse en un fuerte rugido. Un gruñido fuerte y seco como el de una sierra eléctrica girando a gran velocidad. Las gentes están clavadas en el suelo escuchando en silencio, y mirando. Tienen la cabeza vuelta hacia arriba. Intentan descubrir qué es lo que está sucediendo, qué es esto. El rugiente ronroneo es ensordecedoramente fuerte. Nada a la vista. El ronquido aaaaeeeerr. Sin embargo, no es un ronroneo uniforme y monótono.

La voz dice: mira el cuadro, mira la obra del artista. El hombre artista trabaja, crea, experimenta. La pintura tiene delicados matices de color. Materia transparente verde mar con manchas vaporosas azul claro, una pincelada rosa aquí y allá. El color se mueve. Aparecen diversos tonos de púrpura, que se transforman en profusos cafés. Inesperadamente aparecen bolitas y luego bastoncillos voraces y activos aunque rígidos. Suceden toda suerte de cambios. De pronto un hilo negro atraviesa veloz la pasta cada vez menos transparente. Imperceptible al principio, la suave ondulación ha aumentado, y se vuelve una ampolla. Un poco más allá ha comenzado a germinar algo. Una pequeña semilla. Bajo las calientes lámparas y los rayos ultravioleta ha germinado una pequeña planta en la carne roja a la izquierda del cuadro. A ambos lados la carne roja y semilíquida comienza a desbordarse sobre el marco. Un lóbulo como de hule se cuelga y se precipita hacia abajo. El

artista regula la posición del cuadro. Lo pone horizontal mecánicamente. El lóbulo rojo se contrae. Dentro de unas horas formará una bola tal vez. Gran número de espectadores siguen fascinados los cambiantes matices y formas de la enorme obra maestra.

El ronco rugido es decididamente monótono. Pero si uno aguza los oídos parece que tuviera variaciones. Lo mismo que cuando se escucha con toda atención el tictac de un mecanismo de relojería o el zumbido de un aparato o un fino instrumento eléctrico. La gente está petrificada en la calle abierta y sin tráfico, sin vehículos. Sólo hay gentes, gentes con el rostro dirigido hacia arriba, el oído a la escucha, los ojos que giran lentamente tratando de sondear, de escudriñar el espacio. El ronroneo se vuelve más y más fuerte. Se vuelve cada vez más penetrante. Cada vez más ominoso. No se ve nada y ahora se oye cómo el ronquido descende. Parece aún más intenso. Algunos dan asustados un paso, unos pasos, hacia atrás. Pero qué hay atrás cuando algo viene de arriba y es invisible. Abajo el frenético aaaaeeeerr es insoportable, y luego de pronto: una explosión violenta. Parece durar horas, pues cuando uno se desvanece, es desintegrado en una explosión, ya no hay tiempo, o la explosión dura una eternidad.

La voz dice: al otro día, los espectadores están ya otra vez ante la obra maestra. Los que han venido a mirar de nuevo en la noche no regresarán sino ya tarde en el día, porque ahora se va a dormir. Las gentes miran por unas horas y regresan más tarde cuando han aparecido formas nuevas y las variaciones están mejor definidas. Sí: el plasma gotea sincronizadamente alimentando los pequeños brotes vegetales y las flores de carne, las bacterias gigantescas que ahora han crecido 500,000 veces con radiaciones y medios artificiales. El artista-biólogo, el artista pintor, escultor, biólogo, químico, equipo de uno o varios miembros, crea, produce sutilmente.

Al día siguiente late una especie de corazón en el cuadro. Un pedazo de carne discretamente aislado está latiendo suave y rítmicamente. Los espectadores afuera del estuche de vidrio pueden uno por uno oír los latidos por medio de un micrófono y un auricular. La voz dice: un día después el cuadro, bajo el efecto de una intensificación de la temperatura y de un ajuste en la iluminación, la alimentación y la posición, esparció por primera vez un olor. Irreconocible. Un suave olor empalagoso, no maloliente, no de podredumbre o decadencia. Un olor suave, hasta un tanto benéfico. Un olor de plantas entremezcladas con carne sana.

Y tres días después del tercer día, dice la voz, a la vista de aquéllos que por causalidad estaban entonces mirando el primer

Hugo Raes (1929) ■ *Figura prominente de la vida literaria flamenca. Empezó su carrera como poeta, pero es conocido sobre todo por sus novelas, las cuales son muy populares en Alemania. Su interés por los problemas ecológicos echa de verse tanto en su obra como en su vida. Entre sus obras, Los reyes indolentes*

(novela, 1961), Un monumento temporal (cuentos, 1962), de donde proviene Explosión; Un fauno de cuernos helados (novela, 1966), Los aventureros (novela, 1968) y Viajeros en el anti-tiempo (novela, 1971).

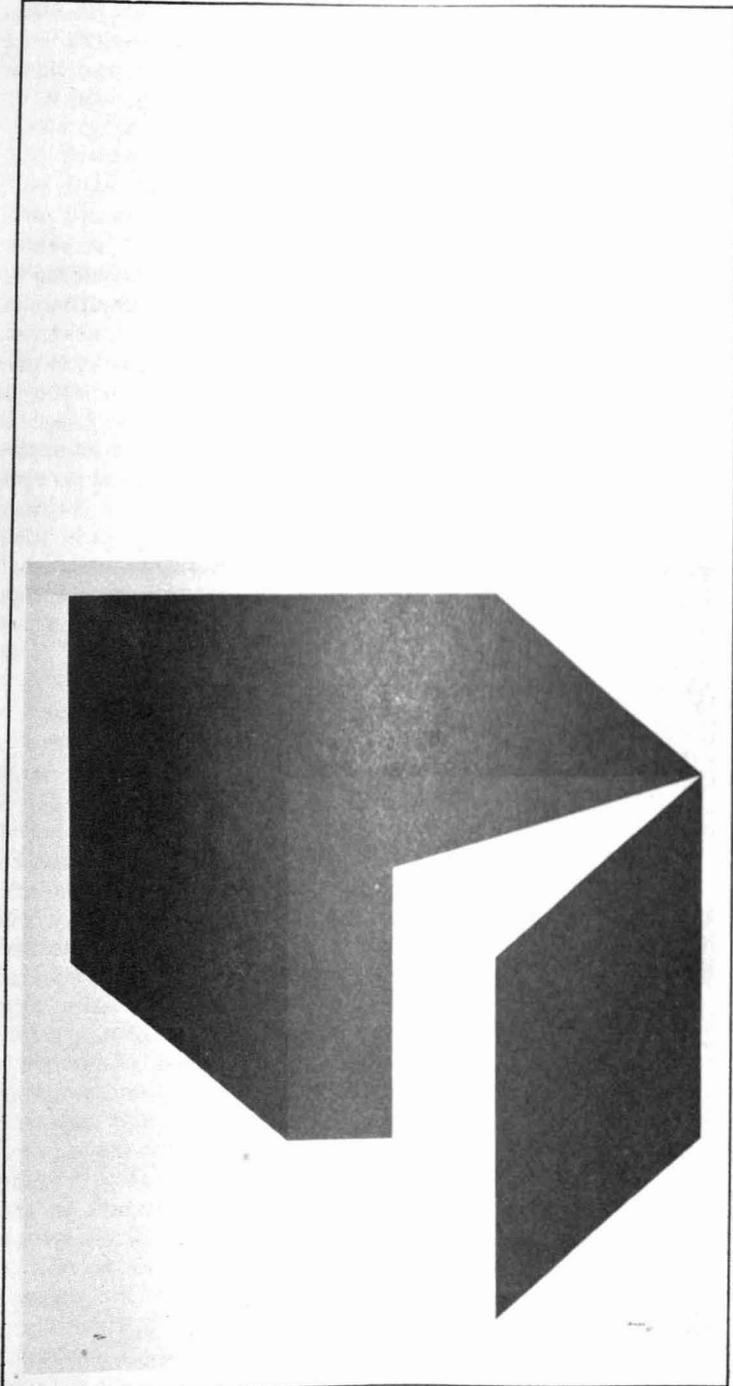


cuadro vivo del mundo, dotado de movimiento, experimental, cuando ocurrió lo más increíble. Lo jamás esperado. Lo que no se puede creer. En las formas y los miembros (algunos secretados por los otros) ya muy desarrollados brotaron pequeñas rendijas, agujeros y válvulas que se abrían y cerraban. Es exigido un silencio total en la sala mantenida a oscuras, donde evoluciona el cuadro experimental vivo y donde se le alimenta y se le cuida bajo lámparas de iluminación y radiación especiales. Sólo el gran invernáculo está bañado por la luz. En calma y aislamiento totales, en un calor fermentante y gotas y zumos nutricios, vive, cambia, crece o se deseca, languidece aquí y allá, la obra de arte del hombre.

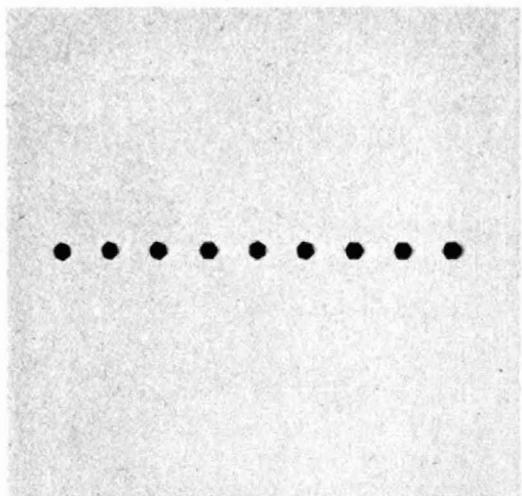
De vez en cuando un sabio abre parcialmente el invernáculo para efectuar alguna acción. El sexto día, por casualidad, los entonces presentes fueron testigos de lo increíble: a través del altavoz por el que se oían el latir del corazón y a veces el ligero resbalar de una gota, percibieron de pronto un susurro, un suspiro. A partir de entonces la obra de arte produjo regularmente ligeros sonidos imprecisos, una especie de suspiros.

La inquietud del hombre aumentó ahora. Se dio media vuelta, y estaba cansado *del viaje*. Así que había estado viajando, mucho tiempo. Y qué tranquila se ve la casa, vacía y abandonada, cuando se vuelve a entrar en ella después de una ausencia de semanas. Qué extrañas suenan entonces tus pisadas sobre las baldosas del corredor, el crujiente parqué de la estancia, la puerta rasera, cuyo cerrojo al fin vuelve a funcionar, y que se abre rechinando. Y ves el jardín: silencioso, intocado, el pasto ha crecido mucho, ha cubierto en parte el sendero, algunas flores casi ya no pueden verse entre la hierba. Qué fresco está todo y qué callado. El bote de la basura se halla en medio del patio, bajo el pabellón. ¿Cómo fue a dar allí? El se acerca. ¿Qué es lo que huele así? Levanta la tapadera, y da un salto hacia atrás ante las cosas negras que de pronto surgen frente a su cabeza y que como piedras arrojadas vuelan en enjambres hacia lo alto: moscones gordos y negros, moscardas que saltan y saltan del bote sin cesar. El está horrorizado, algunos de los duros y gordos insectos se le paran en la cabeza, el pelo, los hombros. Se aparta de un salto, mueve los brazos como aspas alrededor de la cabeza, pelo, hombros. Se aparta, mueve los brazos como aspas alrededor de la cabeza. Bajo la tapadera hay más y más moscas grandes, la mayoría ascienden en el aire, desaparecen en el árbol y sobre los muros del jardín en las huertas de los vecinos. Y el hedor. Ya no salen más moscas del bote. Se acerca al bote, se asoma con pavor: dentro hay un feto pudriéndose. En conclusión, dice la voz, cuando salga de viaje no deje afuera su bote de la basura.

Ahora el hombre se despierta con un sobresalto. Yace de espaldas. Abre bien los ojos. La inquietud se cierne aún opresiva. Una pesadilla, piensa. Carraspea un momento y dobla la sábana de nuevo sobre el cobertor, de manera que la lana ya no le toque el



Bonies



Armando

mentón. Se voltea. No está cómodo, se voltea otra vez para el otro lado. Intenta pensar en otra cosa. Poca cosa se le ocurre. Se adormila de nuevo. Piensa algo de un periódico, hojea un periódico grande. Alguien está con el comisario de policía. Dice: mi suegro tiene 79 años y vive solo en la Dennebosstraat y desde hace días no le he visto, su casa está cerrada y no se percibe ningún signo de vida. Es enviado un gendarme. Este pudo ver al través de una rendija en la ventana que el hombre de 79-años de edad yacía con la cabeza sobre el marco de la ventana. El comisario y el médico del pueblo se introducen en la casa por el techo. Van a ver al anciano junto al marco de la ventana. Bajo el cuerpo del muerto descubre el médico un bloque de madera. Saca el bloque de debajo del cuerpo. De pronto se oye un disparo. Una bala toca al médico en la mano izquierda. Bajo el viejo había un pequeño cañón, como el que la población rural acostumbra usar para espantar los pájaros. El viejo era un extravagante. Había provisto al instrumento de un pequeño cargador y puesto en él balas de revólver. Al levantar el bloque de madera, se disparaba el instrumento. Un

pequeño cañonazo. La bala que se había incrustado en el pulso del médico tenía que ser removida quirúrgicamente en el hospital.

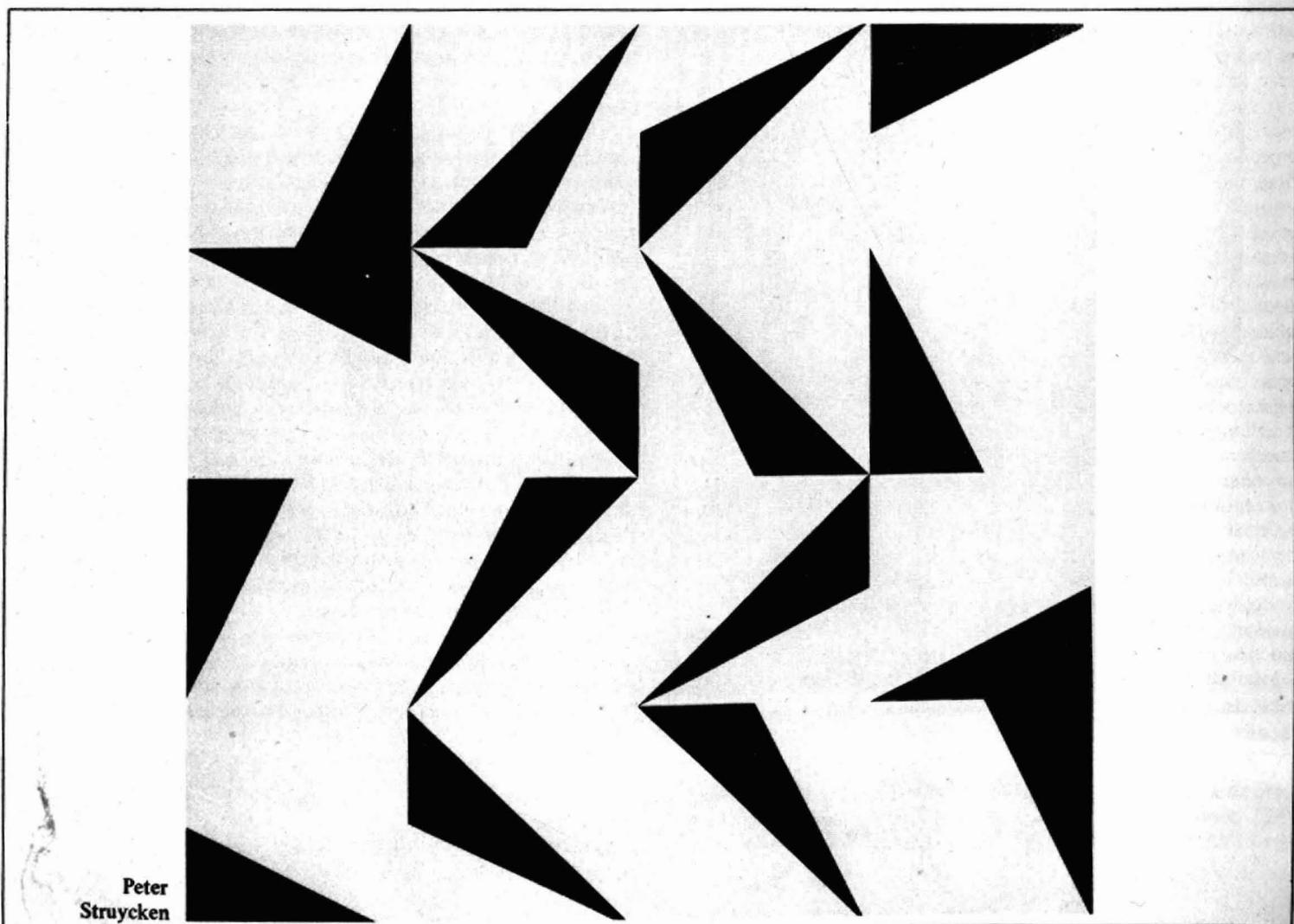
Viene cojeando un niño con las piernas horriblemente retorcidas y se acerca dificultosamente. Tiene un semblante agonizante y verde. Dice: Papi.

■

Su cuerpo se halla bajo una tensión insoportable, un calor como recorrido por una corriente eléctrica que aumenta en intensidad y que se hará fatal, de un momento a otro. Ha de ser cuestión de segundos.

■

Ahora hay allí cerca una mujer muy fea. Ella lo contempla compasivamente, y mientras saca unos vasos habla, pero él no oye



Peter
Struycken